

James Baldwin



Otro país



*Acaso ella lo amaba,
pero si era así, ¿por qué
permanecían tan aislados el uno del
otro? Quizás era él quien no sabía dar,
quien no sabía amar. El amor era
un país del que nada sabía.*

Otro país es una evocación de la felicidad. En el deslumbrante, estrecho y grandioso Nueva York de los años 50, los personajes de la más célebre novela de James Baldwin agotan sus vidas en el intento de comunicarse, de amarse, de buscar un consuelo en la piedad y el corazón del otro. Algunos fracasan, como Rufo, pero muchos, como Vivaldo e Ida, Cass y Eric, ejercen la suprema valentía de salvarse. En realidad, *Otro país* es el gran intento del amor: unos seres que existen en el enrarecido clima racial de esos años van a tratar de entender la injusticia de la marginación, van a buscar en el abrazo, acaso fingido, los restos dispersos de la solidaridad, sintiendo por encima de todo la nostalgia de ese otro país, de ése pareciera lejano país, el país del amor.

Lo golpean a uno, sobre todo, como si no respondieran de si mismos en términos ya consagrados por el uso humano; para este estado inarticulado forman acaso, colectivamente, el más inaudito de los monumentos; es insondable el misterio de lo que piensan, lo que sienten, lo que desean, lo que ellos mismos suponen que dicen.

HENRY JAMES

Para Mary S. Painter

Libro I

JINETE CÓMODO

Yo le dije: los jinetes cómodos tienen que mantenerse alejados para que él pueda llamar la atención, pero la caminata no es larga.

W. C. HANDY

I

ESTABA frente a la Séptima Avenida, en Times Square.

Era más de la medianoche y había estado en el cine, en la última fila de anfiteatro, desde las dos de la tarde. En dos ocasiones lo habían despertado los acentos violentos de la película italiana, en otra, el acomodador, y en otras dos unos dedos de oruga entre los muslos. Estaba tan cansado, había caído tan bajo, que apenas tenía fuerzas para enojarse; nada de lo suyo le pertenecía ya. —*Tomaste lo mejor, por lo tanto, ¿por qué no tomas lo demás?*—, pero había rezongado en su sueño, y había mostrado los dientes blancos en el rostro oscuro, y había cruzado las piernas. Luego el anfiteatro había quedado casi vacío: la película italiana se acercaba a su culminación. Bajó dando traspiés por las interminables escaleras a la calle. Tenía hambre y sentía la boca sucia. Se dio cuenta demasiado tarde, cuando pasaba por las puertas, de que necesitaba orinar. No tenía un centavo, ni a dónde ir.

El policía pasó junto a él y le echó una mirada. Rufo se dio vuelta, se levantó el cuello de la chaqueta de cuero mientras el viento lo mordisqueaba agradablemente a través de los pantalones de verano, y echó a andar hacia el norte por la Séptima Avenida. Había pensado en ir al centro de la ciudad y despertar a Vivaldo —el único amigo que le quedaba en la ciudad, o quizás en el mundo—, pero ahora decidió ir hasta cierto bar y club nocturno en que ha-

bía una orquesta de jazz y ver quién estaba allí. Quizás alguien lo vería y reconocería, acaso uno de los hombres le diese pan suficiente para una comida o al menos una moneda para el metro. Y asimismo esperaba que no lo reconocieran.

La avenida estaba tranquila; habían apagado la mayoría de las luces brillantes. De vez en cuando pasaba una mujer, de vez en cuando un hombre, pero rara vez una pareja. En las esquinas, bajo las luces, cerca de los bares, pequeños grupos de personas blancas, alegres y locuaces, se mostraban mutuamente los dientes, se manoseaban, silbaban llamando a los taxis, se alejaban en ellos, y desaparecían por las puertas de los bares o en la oscuridad de las calles laterales. Los quioscos de periódicos, como pequeños cubos negros en un tablero, ocupaban las esquinas de las aceras, y policías, conductores de taxi y otros, más difíciles de clasificar, golpeaban el suelo con los pies y cambiaban las palabras de costumbre con el embozado vendedor de dentro. Un letrero anunciaba el chicle que podía ayudarle a uno a descansar y a mantenerse sonriente. El enorme nombre de un hotel en luces de neón desafiaba al firmamento sin estrellas. Lo mismo sucedía con los nombres de los astros cinematográficos y de los actores que actuaban corrientemente o iban a actuar en Broadway, juntamente con los nombres de un kilómetro de altura de los vehículos que los llevarían a la inmortalidad. Los grandes edificios, a oscuras, romos como el falo o puntiagudos como la lanza, guardaban la ciudad que nunca dormía.

Al pie de los edificios caminaba Rufo, uno de los caídos —pues el peso de esta ciudad era asesino—, uno de los que habían sido aplastados el día, que era todos los días, en que habían caído esas torres. Enteramente solo, y muriendo de soledad, era parte de una multitud sin precedentes. En los mostradores del bar había muchachos y muchachas que bebían café y que estaban separados de él, de su situación, por barreras tan percederas como los cigarrillos

que consumían rápidamente. Apenas podían soportar saber qué ocurría, y no habrían podido soportar la vista de Rufo, pero no ignoraban por qué estaba él en la calle en aquel momento, por qué viajaba en el metro durante toda la noche, por qué le gruñía el estómago, por qué tenía el cabello largo, los sobacos malolientes, los pantalones y los zapatos demasiado gastados, y por qué no se atrevía a detenerse y beber una copa.

Ahora Rufo estaba delante de las puertas brumosas del bar en que actuaba la orquesta de *jazz*, atisbando el interior, sintiendo más bien que viendo a los negros frenéticos del estrado y a la multitud absorta y mixta del bar. La música era fuerte y vacía, nadie hacía nada absolutamente y los sonidos eran arrojados a la gente como una maldición en la que no creían ya ni siquiera los que odiaban más profundamente. Sabían que nadie oía, que no es posible hacer sangrar a las personas que no tienen sangre. Por lo tanto, soplaban lo que todos habían oído anteriormente, aseguraban a todos que nada terrible estaba ocurriendo, y a la gente sentada a las mesas le gustaba gritar para hacerse oír por encima de esa ensordecedora corroboración, y las personas que estaban en el bar, al abrigo del ruido sin el cual apenas hubieran podido vivir, seguían buscando aquello que buscaban. Rufo deseaba entrar y utilizar el servicio, pero le avergonzaba su propio aspecto. En realidad había permanecido oculto durante cerca de un mes. Y ahora, mentalmente, se veía pasar vacilando por entre aquella multitud hasta el servicio, y volver a salir de él arrastrándose mientras todos lo miraban con compasión, o desprecio, o con ojos burlones. Ahora bien, alguien murmuraría seguramente: «¿No es ése Rufo Scott?». Alguien lo miraría horrorizado y luego volvería a sus propios asuntos con un prolongado y compasivo: «¡Pobre hombre!». No jodía hacer eso, y bailaba sobre un pie y luego sobre el otro y las lágrimas le venían a los ojos.

Salió por la puerta una pareja de blancos que reían y que apenas le dirigieron una mirada al pasar. El calor, el olor de la gente, el *whisky*, la cerveza y el humo salían y lo golpeaban cuando se abrían las puertas, y casi le hacían llorar de deseo, y el estómago vacío le gruñía otra vez.

Recordaba días y noches, días y noches en que había estado allí adentro, en el estrado o entre el público, animado, querido, divirtiéndose con la chica que quería, o en las tertulias, bebiendo más de la cuenta y emborrachándose y bromeando con los músicos, que eran amigos suyos y lo respetaban. Luego iba a casa por sus propios medios, cerraba la puerta, se quitaba los zapatos, quizás se preparaba una bebida, quizás oía algunos discos, se acostaba y quizás llamaba por teléfono a alguna muchacha. Recordaba que se mudaba la ropa blanca, los calcetines y la camisa, se afeitaba, se daba una ducha, iba a la peluquería de Harlem, y luego a ver a su madre y a su padre y a reírse de su hermana Ida, y por fin comía: costillas de cerdo, o pollo, o verduras, o pan de maíz, o bizcochos. Durante un momento creyó que se iba a desmayar de hambre; se acercó a una pared del edificio y se apoyó en ella. El sudor le helaba la frente. Pensaba: «Esto tiene que terminar, Rufo, esta situación tiene que terminar». Luego, cansado e indiferente, viendo que no había nadie en la calle, y esperando que nadie saliese del bar, se apoyó con una mano en la pared y vertió su orina al pavimento helado, observando cómo se elevaba el tenue vaho.

Recordó a Leona, o mejor dicho, sintió de pronto una náusea fría y conocida y se dio cuenta de que recordaba a Leona. Echó a andar, ahora muy lentamente, alejándose de la música, con las manos en los bolsillos y la cabeza baja. Ya no sentía frío.

Pues recordar a Leona era también —por alguna razón— recordar los ojos de su madre, la ira de su padre, la belleza de su hermana. Era recordar las calles de Harlem, los muchachos en las escalinatas, las muchachas detrás de las

escaleras y en los techos, el policía blanco que le había enseñado a odiar, los juegos en la calle, las mujeres que se asomaban a las ventanas, y los números que jugaban diariamente con la esperanza de una buena suerte que su padre nunca tenía. Recordaba el fonógrafo automático, las bromas, los bailes, las peleas entre las pandillas, su primer juego de tambores —comprado por su padre—, la primera vez que probó la marihuana, la primera vez que montó a caballo. Sí: y los muchachos demasiado alejados, clavados en los escalones, el niño muerto por una dosis excesiva en una azotea bajo la nieve. Era recordar el toque de tambor. «*Un negro —decía su padre— vive toda su vida, vive y muere de acuerdo con un toque de tambor. Procrea al son de ese toque y el niño que nace nueve meses después parece un tamboril*». El redoble; manos, pies, panderetas, tambores, pianos, risas, maldiciones, hojas de afeitar: el hombre que se tensa con una risa, un gruñido y un ronroneo, y la mujer que se humedece y se ablanda con un murmullo, un suspiro y un grito. El toque de tambor: en Harlem, en el verano, uno casi podía verlo vibrar en las calles y las azoteas.

Y él había huido, así creía entonces, del redoble de tambores de Harlem, que era simplemente el latido de su propio corazón, a un campamento de instrucción en el sur y luego al mar agitado.

Cuando estaba todavía en la marina había comprado a la vuelta de uno de sus viajes un chal indio para Ida. Lo había adquirido en algún lugar de Inglaterra. El día en que lo entregó a su hermana y ella se lo puso descubrió algo que nunca había advertido hasta entonces. Nunca había visto la belleza de los negros. Pero contemplando a Ida, que se hallaba delante de la ventana de la cocina de Harlem, y al ver que ya no era solamente su hermana menor, sino una muchacha que sería pronto una mujer, ella se asoció con los colores del chal, con los colores del sol y con un esplendor incalculablemente más viejo que la piedra gris de la isla en

la que habían nacido. Pensaba que quizás ese esplendor volvería de nuevo al mundo algún día, al mundo que ellos conocían. Hacía siglos y siglos Ida no había sido solamente una descendiente de esclavos. Contemplando su rostro negro a la luz del sol, suavizado y sombreado por el hermoso chal, se podía ver que había sido en otro tiempo una reina. Luego Rufo miró por la ventana al hueco de ventilación y recordó a las rameras de la Séptima Avenida. Recordó a los policías blancos y el dinero que ganaban con la carne negra, el dinero que ganaba todo el mundo.

Volvió a mirar a su hermana, que le sonreía. En su largo dedo meñique daba vueltas al anillo en forma de culebra con ojos de rubí que le había llevado en otro viaje.

—Sigue así —le dijo ella— y llegarás a hacer de mí la muchacha mejor vestida del barrio.

Rufo se alegraba de que su hermana no pudiera verlo en aquel momento. Habría dicho: «Dios mío, Rufo, no tienes derecho a andar así. ¿No sabes que contamos contigo?».

Hacía siete meses, toda una vida, tocaba por última vez en uno de los nuevos clubes nocturnos de Harlem, donde el administrador, y propietario, era un negro. Había sido una buena noche y todos estaban satisfechos. La mayoría de ellos se proponían ir después de la función a casa de un famoso cantante negro que acababa de obtener un gran éxito con su primera película. Como el club era nuevo, estaba lleno. Más tarde, se enteró luego, no le había ido tan bien. Esa noche había allí gente de todas clases, blancos y negros, altos y bajos, gente que iba allá por la música, y gente que se pasaba la vida en esos lugares por otras razones. Había un par de abrigos de visón y unos pocos de casi visón, y muchos objetos de Dios sabía qué que brillaban en muñecas, orejas, cuellos y cabelleras. Las personas de color lo pasaban bien porque tenían la sensación de que, cual-

quiera que fuera el motivo, aquella gente estaba sólidamente con ellas; y las personas blancas lo pasaban bien porque nadie las menospreciaba por ser blancas.

Había movimiento en el escenario y Rufo estaba un poco achispado. Se sentía grande. Y durante el último número se animó doblemente porque el saxofonista, que había estado ausente toda la noche, tocó un solo terrible. Era un muchacho de aproximadamente la misma edad de Rufo, proveniente de algún manicomio como Jersey City o Syracuse, aunque de acuerdo con lo que había descubierto, sabía decir cosas con el saxofón. Y tenía muchas cosas que decir. Estaba allí, con las piernas abiertas, soplando, llenando de aire el barril del pecho, temblando en los harapos de sus veintitantos años y gritando con su instrumento: «¿Me amas? ¿Me amas? ¿Me amas?»; y otra vez: «¿Me amas? ¿Me amas? ¿Me amas?». De todos modos, ésta era la pregunta que oía Rufo, la misma frase repetida insoportable e interminablemente, con toda la fuerza que tenía el muchacho. El silencio de los oyentes se hizo más profundo, y al mismo tiempo que la atención se concentraba bruscamente, se apagaron los cigarrillos, las bebidas quedaron sobre las mesas y en todos los rostros, incluso en los más estragados y murrios, apareció una luz extraña y cautelosa. Los atacaba el saxofonista, quien quizás ya no deseaba su amor y les lanzaba su ultraje con el mismo orgullo desdeñoso y pagano con que tocaba su instrumento. Y, sin embargo, la pregunta era terrible y real; el muchacho expelía soplando con sus pulmones y entrañas su propio breve pasado; en alguna parte de ese pasado, en las peleas callejeras entre pandillas, en la habitación de olor acre, en la sábana endurecida por el esperma, después de la marihuana o de la jeringa, bajo el olor de orines en el sótano del barrio, había recibido el golpe del que nunca se había repuesto, y eso nadie quería creerlo. ¿Me amas? ¿Me amas? ¿Me amas? Los hombres del estrado lo acompañaban, fríos y un poco apartados, añadiendo y preguntando y corroborando, co-

mo podían haberlo hecho con una burla irónica de sí mismos; pero cada uno de ellos sabía que el muchacho soplabá por todos ellos. Cuando terminó el número estaban todos empapados. Rufo olía su olor y el olor de los hombres que lo rodeaban, y el del bajo dijo: «Bueno, se acabó». El público gritaba pidiendo más, pero ellos tocaron el tema de despedida y apagaron las luces. Rufo había tocado el último número de su última actuación.

Iba a dejar allí sus cosas hasta el lunes por la tarde. Cuando bajó del estrado se encontró frente a aquella muchacha rubia, vestida con mucha sencillez, que lo miraba.

—¿En qué piensa, guapa? —le preguntó Rufo.

—¿En qué piensa usted? —replicó la muchacha, pero era evidente que no sabía qué otra cosa decir.

Había dicho bastante. Ella era del sur y algo saltó en el interior de Rufo mientras contemplaba el rostro húmedo y descolorido, el rostro del blanco pobre del sur, y el cabello lacio y pálido. Ella era mucho más vieja que él: tenía probablemente más de treinta años y tenía un cuerpo demasiado delgado. De todos modos se convirtió bruscamente en el cuerpo más excitante que había visto desde hacía mucho tiempo.

—Querida —dijo Rufo—, ¿no está lejos de su casa?

—Por supuesto —contestó ella—, y no pienso volver allá.

Rufo rió, y también la muchacha.

—Bueno, señorita Ana, si los dos pensamos lo mismo, vayamos a esa reunión.

Rufo la tomó del brazo, dejando deliberadamente que el dorso de su mano tocara uno de los pechos de la joven, y preguntó:

—Su nombre no es realmente Ana, ¿verdad?

—No, es Leona.

—¿Leona? —y Rufo volvió a sonreír. Su sonrisa podía ser muy eficaz—. Es un bonito nombre.

—¿Y el suyo?

—¿El mío? Me llamo Rufo Scott.

Se preguntaba qué hacía ella en aquel lugar de diversión de Harlem. No parecía ser una de esas personas que se interesan por el *jazz*, y todavía menos tener la costumbre de ir sola a bares desconocidos. Llevaba un ligero vestido de primavera, el largo cabello peinado sencillamente hacia atrás, sostenido por algunas horquillas, y apenas pintados los labios, sin ningún otro maquillaje.

—Vamos —dijo Rufo—, tomaremos un taxi.

—¿Está seguro de que no estará mal que yo vaya?

Rufo chasqueó la lengua y contestó:

—Si no estuviera bien no se lo habría pedido. Y si digo que está bien es porque está bien.

—Bueno —dijo ella con una breve risita—, muy bien entonces.

Salieron con la multitud que, con muchas interrupciones, mucha conversación y risas, y mucha confusión erótica, se derramaba en las calles. Eran las tres de la madrugada y la gente vestida de gala que los rodeaba brillaba, silbaba y tomaba todos los taxis. Otros, mucho menos elegantes —eran de la orilla occidental de la Calle 125—, formaban grupos a lo largo de la calle, se desviaban, fanfarroneaban u holgazaneaban, y lanzaban miradas de soslayo o directas que eran más calculadoras que curiosas. Los policías se paseaban de un lado a otro, y cuidadosa, pero en realidad un tanto misteriosamente, hacían entender que se daban cuenta de que aquellos negros particulares, aunque estaban en la calle a una hora tan avanzada y en su mayoría borrachos, no debían ser tratados de la manera habitual, ni tampoco los blancos que los acompañaban. Pero Rufo advirtió de pronto que Leona sería en seguida la única persona blanca de toda la calle. Esto le inquietó, y su inquietud hizo que se enojara. Leona vio un taxi desocupado y lo llamó.

El conductor del taxi, que era blanco, no pareció vacilar en detenerse para que subieran, ni, una vez detenido, pare-

ció lamentarlo.

—¿Va a trabajar usted mañana? —preguntó Rufo a Leona.

Ahora que estaban solos se sentía un poco tímido.

—No —contestó ella—. Mañana es domingo.

—Cierto.

Se sintió muy satisfecho y libre. Se proponía visitar a su familia, pero pensó lo agradable que sería pasar el día acostado con Leona. Volvió a mirarla y advirtió que, aunque era menuda, parecía bien proporcionada. Se preguntó qué estaría pensando. Le ofreció un cigarrillo poniendo su mano en la de ella brevemente, pero Leona lo rechazó.

—¿No fuma?

—A veces. Cuando bebo.

—¿Lo hace con frecuencia?

Ella sonrió.

—No. No me gusta beber sola.

—Bueno, no va a beber sola durante un tiempo.

Ella nada dijo, pero en la oscuridad pareció que se ponía tensa y se ruborizaba. Miró por la ventanilla de su lado.

—Me alegra no tener que molestar a nadie llevándola a su casa temprano esta noche.

—No tiene que preocuparse por eso de todos modos. Soy una muchacha mayor.

—Querida, no es usted mayor que un minuto.

—A veces —replicó Leona suspirando—, un minuto puede ser algo muy poderoso.

Rufo decidió no preguntarle qué había querido decir. Lanzándole una mirada significativa, dijo:

—Eso es cierto.

Pero ella, aparentemente, no advirtió su intención.

Estaban en la Riverside Drive y se acercaban a su destino. A la izquierda, luces pálidas y desagradables destacaban la oscuridad de la ribera del Jersey. Rufo se recostó, apoyándose un poco en Leona, y se quedó observando cómo desfilaban la oscuridad y las luces. Luego el taxi cambió